3 LITERATURA Y TRADICIÓN ORAL

La diáspora africana ha sido una de las protagonistas en la construcción del acervo literario colombiano. Desde la llegada de la gente africana a Cartagena de Indias, la voz sagrada y profana de los esclavizados dialogó con las lenguas indígenas y europeas. Este destino de encuentros moldeó universos de creación en los cuales refulge el despliegue poético y narrativo de la palabra escrita, dicha, cantada o recitada. En la literatura y la tradición oral afrocolombianas centellean memorias de África recreadas en suelo americano. Según Nina S. de Friedemann, las literaturas afrocolombianas conservan el legado ancestral de valores que aluden al ser individual y al ser colectivo. Entre ellos se destaca el profundo amor por la palabra. Según esta misma autora, el **cuentero** y el **decimero**, los **rezanderos** y las **cantadoras** rememoran al **griot** africano, relator de cosmovisiones, de historia y genealogías, de sabidurías sagradas y profanas. En muchos lugares de Colombia, especialmente rurales, estos personajes mantienen halos similares a los de otros en culturas afroamericanas en donde la palabra es además escalera para trepar al mundo de las divinidades, como lo hacen los **macumberos** del Brasil o los **santeros** de Cuba.

Entre las culturas afrocolombianas, los velorios de los santos, las novenas para los muertos, las luminarias y muchas otras celebraciones sagradas y profanas son ámbitos culturales de evocación de memorias ancestrales mediante la puesta en escena de la palabra. En 1948, Rogerio Velásquez, antropólogo y escritor chocoano, inició la búsqueda de la expresión tradicional de su propia gente. Sus escritos dejan ver la complejidad de la narrativa y de la poética, de los símbolos y significados, de los personajes y situaciones que expresan una vigorosa influencia africana, toda ella enmarcada en el ritmo del habla y en la teatralidad de la expresión.

A pesar de los horrores de la trata y de la travesía transatlántica, las imágenes de las deidades, los recuerdos de los cuentos de los abuelos y los ritmos de las canciones y poesías atravesaron el océano aferrados al alma de los cautivos. Este saber social y cultural floreció de nuevo en la otra orilla de ese mar que los vio llorar sus desdichas. Esta presencia de África en Colombia se percibe de manera privilegiada en la literatura y en la tradición oral de los pueblos que descienden de esos primeros africanos que llegaron a este territorio. De Friedemann refiere que también en los chistes y adivinanzas, como en los escenarios de parodia o en cuentos de embusteros, embaucadores y pillos, aparecen personajes de claro origen africano. Tal es el caso de **Anansi**, Anansito o Miss Nansi, un personaje de la tradición **akán**, que pervive en el relato oral de la gente de San Andrés y Providencia y en las selvas del Pacífico. Se trata de una araña famosa que adopta formas y comportamientos humanos. Estas transformaciones también ocurren con otros animales que pueblan las leyendas de los pueblos afrocolombianos. Entre los más destacados están los tigres, conejos, tortugas y culebras. A Anansi se la conoce como una héroe cultural de la antigua Costa de Oro; de Tortuga se sabe que era famosa en la antigua Costa de los Esclavos; a Conejo lo identifican como originario del Congo y Angola. Es decir, regiones todas de donde llegaron numerosas personas al puerto de Cartagena de Indias, procedentes de las culturas yoruba de Nigeria, akán de Ghana y songo del África central.

Según De Friedemann, antropóloga colombiana que dedicó su vida al estudio de estas culturas, existen testimonios que aluden a la manera como la fauna africana pobló las selvas y costas colombianas. Ella refiere que en el pueblo de Beté, sobre el río Atrato, con ocasión de un velorio, uno de los parientes del finado, relató cómo, muy cerca del lugar del velorio, los tigres se habían enfrentado con los leones porque tío Conejo había azuzado a tío Tigre jefe con el cuento de que en esa selva había hombres con más hombría porque mataban a su presa de frente y allí mismo se comían la carne viva; no la cogían a traición, no eran cobardes; eran leones de fino pelaje y fina cintura.

Es necesario aclarar que estos profundos y antiguos legados de África en Colombia sólo pueden ser comprendidos si tenemos en cuenta los procesos de adaptación y transformación que desarrollaron en el marco de la resistencia a la esclavitud en América. La creatividad y la capacidad de innovación hacen de estos relatos testimonios vivos de complejas fases de creación y recreación cultural de los descendientes de la gente africana en nuestro país. Es innegable que los contextos y los ecosistemas en los cuales los narradores orales y escritores afrocolombianos de hoy se desenvuelven no son los mismos que vivieron sus ancestros en África. Sin embargo, más allá de los contenidos ideológicos y de los ambientes, pervive la fuerza de la palabra que la convierte en un vehículo de comunicación sagrado, siempre ligada a las memorias ancestrales. Por otra parte, ha permanecido la particular teatralización de su puesta en escena. La expresión corporal que acompaña siempre la enunciación de relatos, cuentos, mitos o poemas es otro de los legados, cinéticos en este caso, de África a la cultura afrocolombiana y colombiana en general.

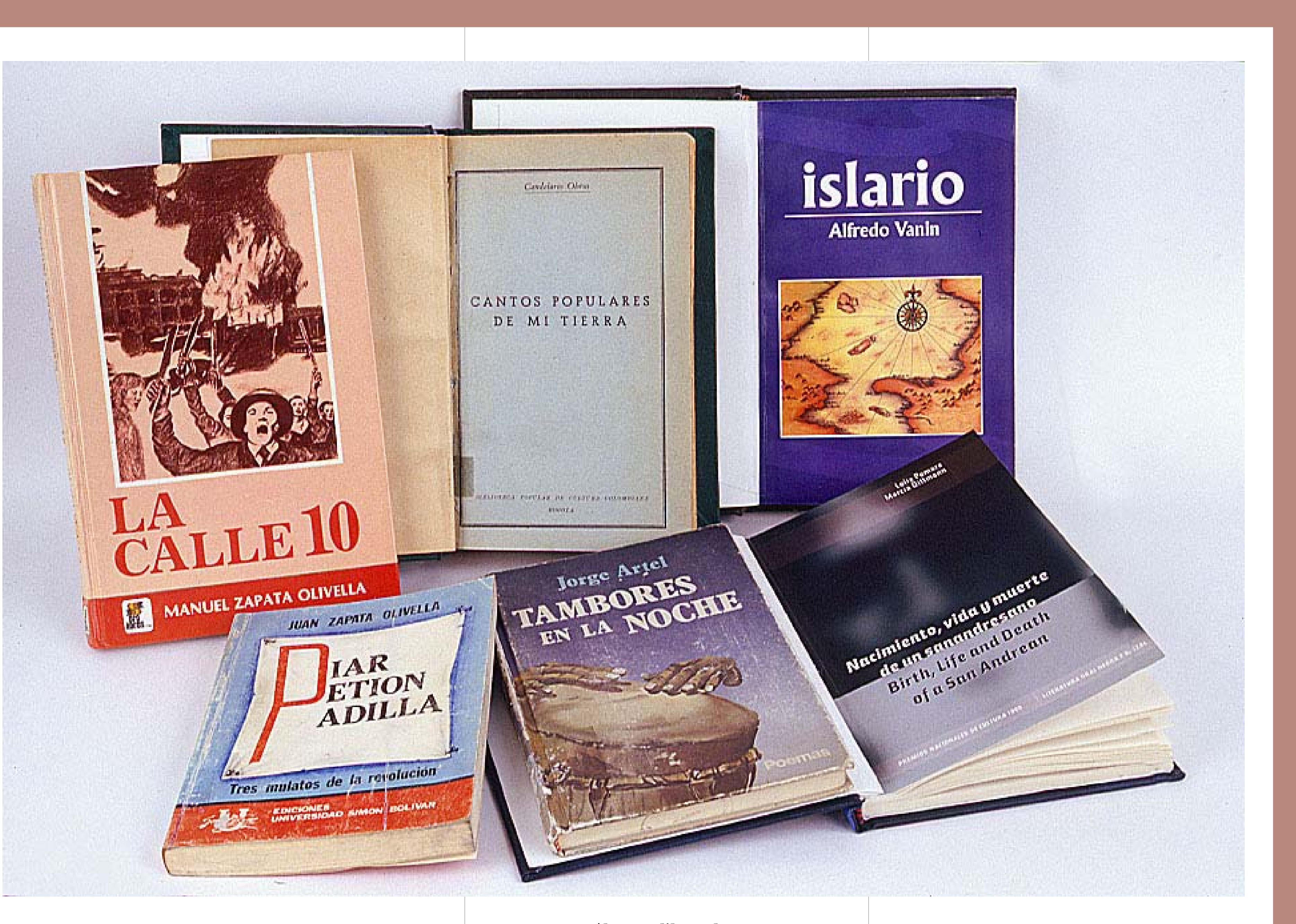
Durante el siglo XIX afloraron en Colombia numerosas obras de las cuales los descendientes de la gente africana fueron protagonistas o autores. Eustaquio Palacios, Tomás Carrasquilla y Jorge Isaacs encontraron fuente de inspiración en individuos de origen afrocolombiano y los transformaron en personajes de sus escritos. En 1877 un nativo de Mompox, Candelario Obeso, se convirtió en el primer poeta afrocolombiano en publicar un libro: *Cantos populares de mi tierra*. A lo largo del siglo XX muchos otros tomaron la pluma para narrar sus experiencias, sus sueños y la condición social de su pueblo.

POETAS Y ESCRITORES

La literatura escrita afrocolombiana no es reciente. Desde los albores de la República ha estado presente en el universo de las letras nacionales. Sin embargo, la invisibilidad a la que han sido sometidas sus manifestaciones artísticas, culturales, deportivas y políticas, entre otras, no ha permitido que la nación las reconozca y las incluya con dignidad como parte del acervo cultural.

Tal es el caso del escritor Arnoldo Palacios, quien, en 1949, publicó *Las estrellas son negras*, obra que, pesar de sus cualidades, pasó desapercibida hasta 1971, cuando fue reeditada en una versión popular. Finalmente, en 1998, el Ministerio de Cultura hizo un reconocimiento de su valor literario.

Algo parecido le ha acaecido a Zenel ¿no tiene nombres o apellidos?, nacido en Arroyo Grande,



Algunos libros de autores afrocolombianos

La calle 10, Manuel Zapata Olivella, Bogotá, Ediciones Prolibros, 1986; *Cantos populares de mi tierra*, Candelario Obeso, Bogotá, Ministerio de Educación, 1950; *Islario*, Alfredo Vanín Romero; *Piar, Petión, Padilla: tres mulatos de la revolución*, Juan Zapata Olivella, Ediciones Universidad Simón Bolívar, Barranquilla, 1986; *Tambores en la noche*, Jorge Artel, Bogotá, Plaza y Janés, 1986; *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano*, Lolia Pomare Myles y Marcia Dittmann, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000

cerca de Cartagena. En la década de 1950, mientras estudiaba derecho en Bogotá, publicó varios cuentos en las separatas literarias de los periódicos capitalinos. Hoy, más de cuarenta años después y tras haber hecho una carrera como juez, sigue buscando la manera de difundir su obra. Uno de sus primeros libros se llama *Negroserías* y fue impreso en 1993.

Otros escritores han tenido mejor suerte, pero ello ha sido gracias a que resulta imposible ignorar el peso de sus opiniones, de sus trabajos y de lo que representan para la conciencia nacional. El ejemplo más elocuente es Manuel Zapata Olivella, quien ha cimentado con su trabajo de antropólogo y escritor un gran prestigio que emana de la autoridad de su palabra, de su labor intelectual y producción literaria, pero también de su capacidad y conocimiento como crítico. Se le considera una de las expresiones vivas más importantes de la gente afrocolombiana. Ha sido un incansable divulgador y defensor de los valores culturales, sociales, políticos y artísticos de su pueblo. Se ha destacado tanto en ámbitos nacionales como internacionales.

Hoy en día, por fortuna, ha crecido el número de poetas, novelistas y ensayistas que, desde su cultura, enriquecen el panorama literario de la nación. Generaciones nuevas de escritores de alta calidad artística plasman el sentir y las historias de sus terruños, bien sea del Chocó, de San Andrés o de la costa Caribe. Lenito Robinson y Alfredo Vanín Romero, para nombrar solamente a dos, son un ejemplo que nos permitiría ilustrar a las nuevas generaciones.

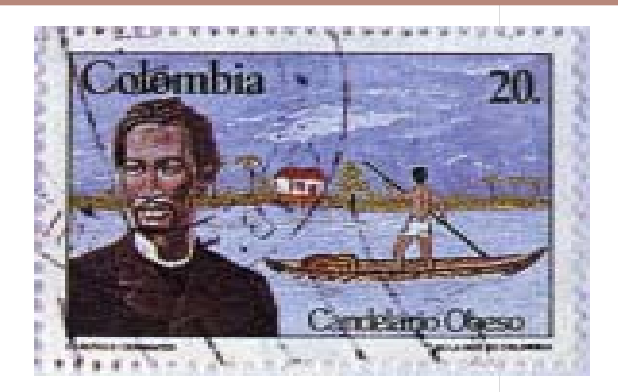
Candelario Obeso

Uno de los escritores y poetas colombianos más connotados del siglo XIX, nacido en la Villa de Mompox en 1849. Realizó su travesía por el río Magdalena hasta Honda y de allí a Bogotá, para convertirse en alumno del Colegio Militar creado por el general Tomás Cipriano de Mosquera. Ingresó luego a la Universidad Nacional, donde estudió derecho y ciencias políticas. Aunque su participación en política fue discreta, combatió en la batalla de La Garrapata, en el Tolima Grande. Posteriormente adhirió al movimiento denominado Regeneración, liderado por Rafael Núñez. El 29 de junio de 1884, mientras examinaba una pistola, se hirió de muerte y falleció el 3 de julio.

Su interés por las letras fue de la mano de los idiomas: aprendió francés e italiano; tradujo del inglés a poetas como Byron, Tennyson y Longfellow, y piezas como *Otelo*, trabajo de impecable factura, según la calificación de sus contemporáneos.

Entre sus obras pueden señalarse *Lecturas para ti*, *La familia de Pigmalión* (novela), *Secundino, el zapatero* (comedia) y *Cantos populares de mi tierra* (poesía), que incluyen los cantos a los bogas del río Magdalena:

Allí tengo malibú,
ajtromelia i azajá;
tengo lirio güeleroso
i jamín e malabá;
en cosa re golosina,
tengo un grande nijperá,
cocos, cirgüelo, naranjos,
un no vijto plataná.



Sello postal en homenaje a Candelario Obeso
a partir de un dibujo de Castillo Cervantes

LOS PALOMOS

(Balada)

Al señor Rafael Pombo.

Siendo probe alimales lo palomos,
A la gente a sé gente noj enseñan;
E su condúta la mejó cactilla,
Hay en sus moros efertiva cencia.

Nacen los ros sobre la mimas pajas;
Y allí se etán hata en repué que vuelan;
Maj asina chiquitos, entre er nío
Se rán caló, entre juntos, y se besan.

Luego que tienen plumas suficiente
Pa andereguéá volando po-onde quiera
Guto rá veelos arrullaese amante
Sobre lo palos o la vecde yecba...

Guto ra er vé lo afanes der palomo
Si otro palomo pora allí se aceeca...
Êr eponja er pejenezo y la colita,
Y ra arrullando murtitú re güerta!

Eto a lo s'ojo re ella y loj otraños
É re cariño la efertiva muétra...
En eta clase re alimales nunca
No ra un visaje re macdá la jembra.

"Los palomos"
poema de Candelario Obeso, publicado en *Cantos populares de mi tierra*, Bogotá, Ministerio de Educación, 1950

Jorge Artel

Este escritor y poeta nació en Cartagena el 27 de abril de 1909. En 1945 se tituló como abogado de la Universidad de Cartagena, aunque su labor estuvo orientada al ejercicio del periodismo y a la poesía, género en el cual es uno de los más importantes representantes de la cultura afrocolombiana.

Los temas de sus escritos están relacionados con las vivencias de su tierra y de sus habitantes. Según Luis María Sánchez, Artel es un cantor de la alegre tristeza en versos populares y humanos, en sus composiciones vibran el dolor y la protesta; el lenguaje de los bogas, las olas, las costas y los ríos se vuelven sonido y color de sombra en sus palabras; en ellas tiembla toda la sensualidad y se agita el lirismo de su cultura. Su validez lírica se refleja en los poemas *Velorio del boga adolescente* y *Ahora hablo de gaitas*.

Publicó libros de poemas, entre los que se destacan *Tambores en la noche* (1940), *Poemas con bota y bandera* (1972), *Sinú, riberas de asombro jubiloso*, *Coctail de estampas* y *Antología poética* (1979). Otras de sus obras fueron *De rigurosa etiqueta* (drama) y *No es la muerte... es el morir* (novela, 1979). Falleció en 1994.

Velorio del boga adolescente

Desde esta noche a las siete
están prendidas las espermas:
cuatro estrellas temblorosas
que alumbran su sonrisa muerta.
Ya le lavaron la cara,
le pusieron la franela
y el pañuelo de cuatro pintas
que llevaba los días de fiesta.
Hace recordar un domingo
lleno de tambores y décimas.
O una tarde de gallos,
o una noche de plazuela.
Hace pensar en los sábados
trémulos de ron y de juerga,
en que tiraba su grito
como una atarraya abierta.

Pero está rígido y frío
y una corona de besos
ponen en su frente negra.
(Las mujeres lo lloran en el patio,
aromando el café con su tristeza.
¡Hasta parece que la brisa tiene
un leve llanto de palmera!)
Murió el boga adolescente
de ágil brazo y mano férrea:
nadie clavará los arpones
como él, ¡con tanta destreza!
Nadie alegrará con sus voces
las turbias horas de la pesca.
¡Quién cantará el bullerengue!



Jorge Artel
foto tomada de *Gran Enciclopedia de Colombia*, vol. 4, Bogotá, Círculo de Lectores, 1996



El humano anillo apretado
es un carrusel de carne y hueso,
confuso de gritos ebrios
y sudor de marineros,
de mujeres que saben a la tibia brea del
/puerto,
al yodo fresco del mar,
y al aire de los astilleros.

Se mueve como una sierpe
sonora de cascabeles,
al compás de los chasquidos
que las maracas alegres
salpican sobre las horas
desmelenadas de ruido.

Es un dragón enroscado
brotado de cien cabezas,
que muerde su propia cola
con sus fauces gigantescas.

Cumbia! —danza negra, danza de mi tierra!
Toda una raza grita
en esos gestos eléctricos,
por la contorsionada pirueta
de los muslos epilécticos!

Trota una añoranza de selvas
y de hogueras encendidas,
que trae de los tiempos muertos
un coro de voces vivas.

30

"La cumbia"
poema de Jorge Artel, publicado en *Tambores en la noche*, Bogotá, Plaza y Janés, 1986

Manuel Zapata Olivella

Manuel Zapata Olivella es un médico, antropólogo y literato de prestigio, comprometido con la causa de la valoración de la cultura afrocolombiana.

Producto de su dedicación, en años recientes ha realizado numerosos trabajos y ensayos relacionados con aspectos artísticos, literarios, culturales y sociopolíticos de las comunidades afrocolombianas. Entre ellos sobresale *Las claves mágicas de América (raza, clase, cultura)*, publicado en 1989, en el que sostiene que existen formas veladas de discriminación y que hay una cierta coincidencia entre el dominio de clase y el étnico.

Los ensayos y trabajos de Zapata Olivella tienen el mérito de hacer un constante llamado al reconocimiento de los aportes de las comunidades afrocolombianas a la identidad cultural de la nación, con el fin de que cada uno de los colombianos considere suya la raíz africana que hace parte de nuestra identidad.

Su producción literaria ha tenido éxitos continuos, como lo atestiguan dos de sus reconocidas novelas: *Chambacú, corral de negros* y *Changó, el gran putas*.

La plazoleta apretada de hombres y mujeres. Revoltijo de polleras, franelas sudadas y pies descalzos. La misma expresión de ansiedad repetida. La furia en los ojos. Jamás se juntaron tantos en la isla. Los más se habían quedado en sus casuchas indiferentes a su suerte. Chambacú o la sepultura, todo les era igual. Estaban allí los apaleados, los negros recién venidos de Barú, Palenque, Malagana y María la Baja, a quienes la policía, esa mañana, desbarató sus techos. Las madres abrazaban a sus pequeños con mirada vacía por el hambre. Los varones, sin el hacha y el machete, no sabían qué hacer con sus brazos. Escuchaban a Máximo: "Nos defenderemos"…

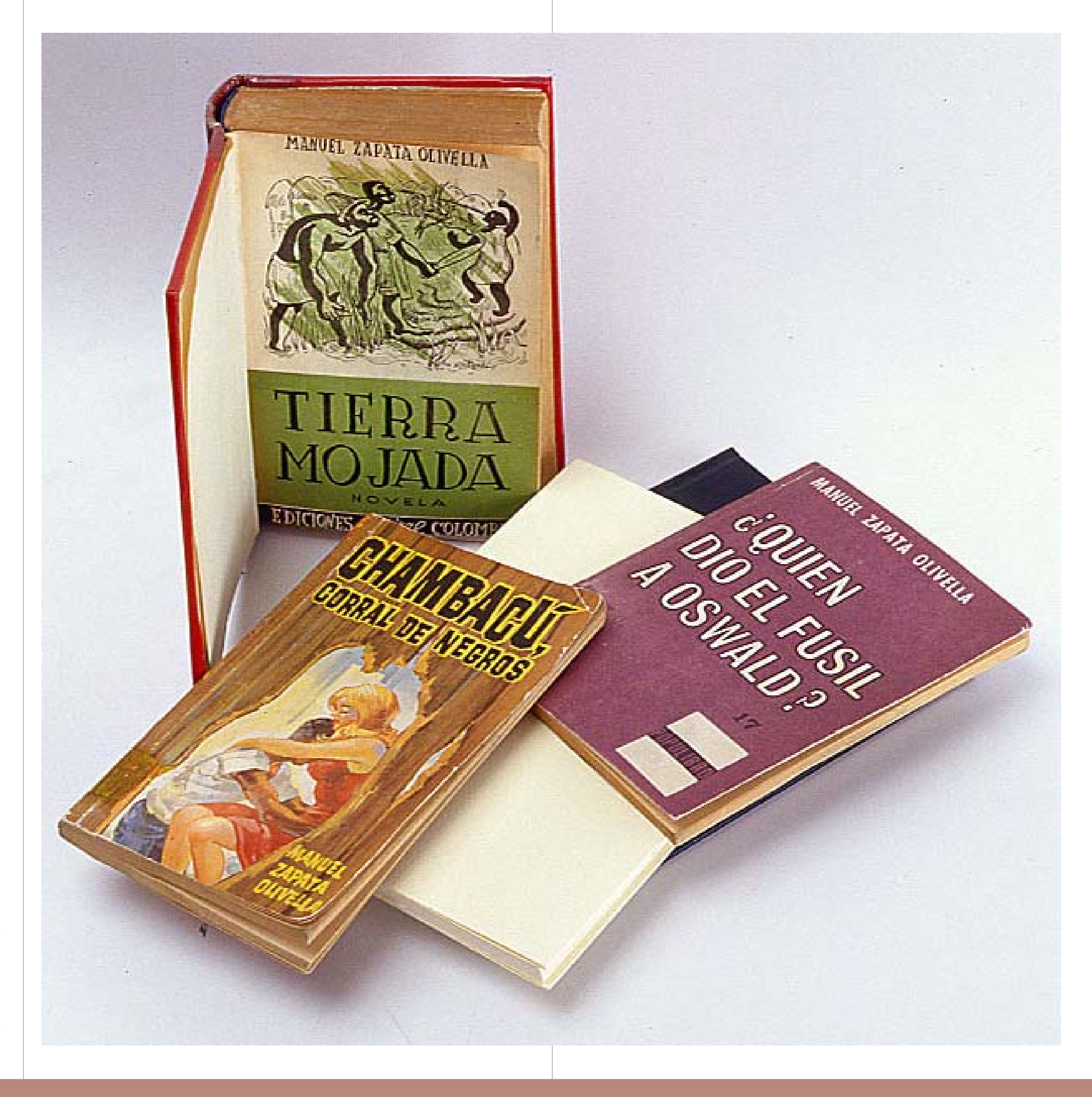
"La batalla"

(Fragmento de *Chambacú, corral de negros*)



El escritor Manuel Zapata Olivella

foto Humberto Pinto, *El Espectador*, Bogotá, 19 de julio de 1996



Algunas de las publicaciones de Manuel Zapata Olivella

Tierra mojada, Bogotá, Ediciones Espiral, 1947; *Chambacú, corral de negros*, Bogotá, Editorial Bedout, 1967; *¿Quién dio el fusil a Oswald?*, Bogotá, Editorial Revista Colombiana, 1967

Alfredo Vanín Romero

Representa una de las generaciones de escritores afrocolombianos del último cuarto del siglo XX que, a pesar de la falta de apoyo, han persistido con tenacidad en el doble propósito de ser escritores e investigadores de la realidad social y cultural que rodea a las comunidades del Pacífico colombiano.

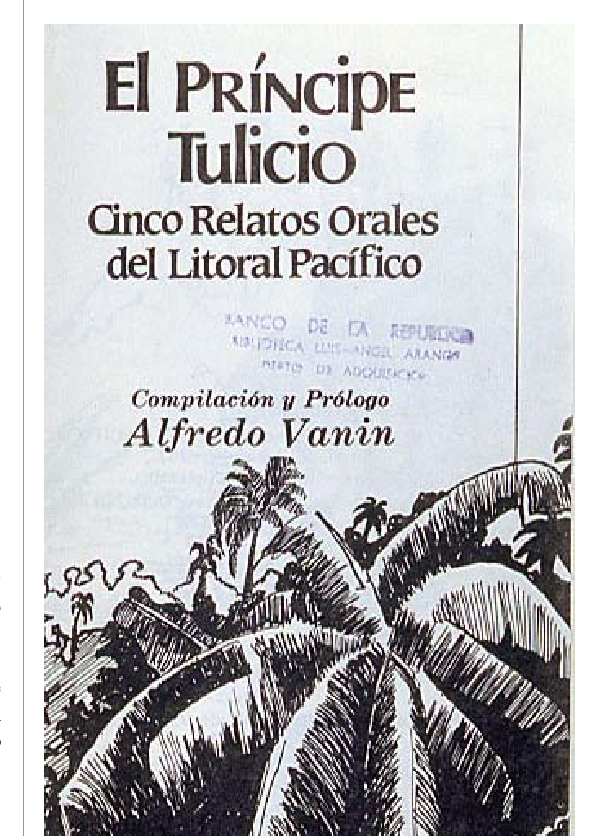
Nació en noviembre de 1950, en la ribera del río Saija, cerca al municipio de Timbiquí (Cauca). Desde muy joven se convirtió en un apasionado y comprometido con la causa de la cultura afrocolombiana. Se ha desempeñado como escritor, periodista, investigador y profesor, disciplinas desde las cuales se ha preocupado por ahondar en las raíces africanas de la colombianidad. De esa labor prolífica han resultado varios trabajos literarios y de recopilación de tradición oral, entre los que se destaca la compilación *El príncipe Tulicio. Cinco relatos orales del litoral Pacífico,* publicado en 1986 en Cali, obra que había sido precedida por su interesante novela *Otro naufragio para julio,* publicada en 1983 en Cali; por un libro de poemas titulado *Alegando que vivo,* publicado en 1976, en Popayán; y por *Mitopoética de la orilla florida.* En la actualidad dirige la revista *Pájaro del agua*.

Zarzamora

Quise incitar el largo convite
de tu risa
negar el río sojuzgado
y entrar en las ardientes materias
de la gracia
me apresuré buscando fuego
incienso que atesoran los camaleones
centellas de unicornio no doblegadas a la hora
del león rampante
y traviesos veleros
robados a viejos pescadores del golfo
para acrecentar los festines de la madreperla.

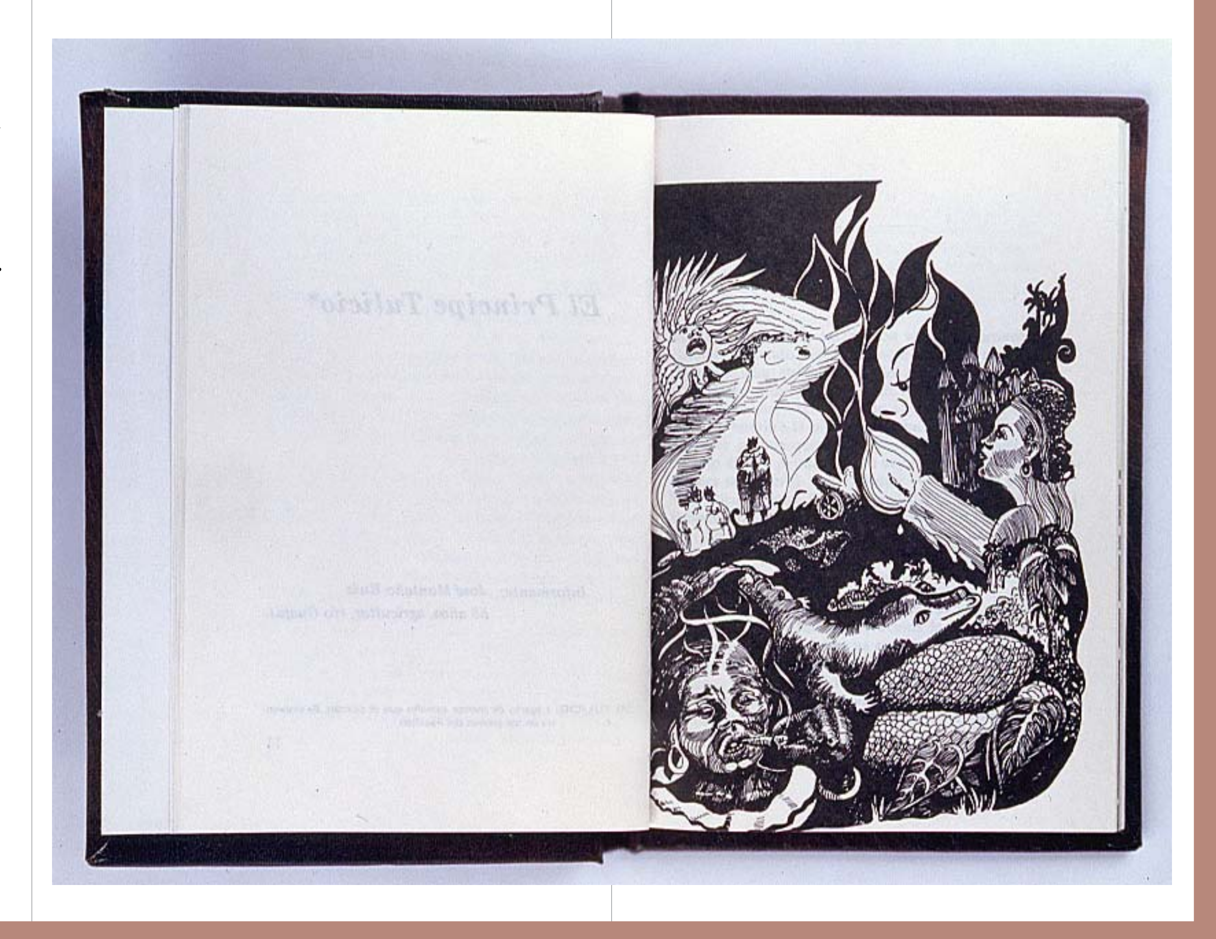
Y he aquí que arpías y boleros
pregonaron la fama:
las mercenarias galerías cobijaban ahora
tus deleites
el viento destilaba un espeso alquitrán
y en tu deriva hembra
se marchitaban los dragones
dignos por lo demás de ciertos ecos.

Entonces sepulté mis navíos
aplacé para otras lunas la navegación del hechizado
y entoné cánticos de alabanza
a las discordias del fauno que se queda ciego.



Alfredo Vanín Romero
El príncipe Tulicio, ilustrado por Óscar Vargas, Buenaventura, Centro de Publicaciones del Pacífico, 1986

Ilustración de Óscar Vargas
para el libro compilado por Alfredo Vanín Romero, *El príncipe Tulicio*, Buenaventura, Centro de Publicaciones del Pacífico, 1986

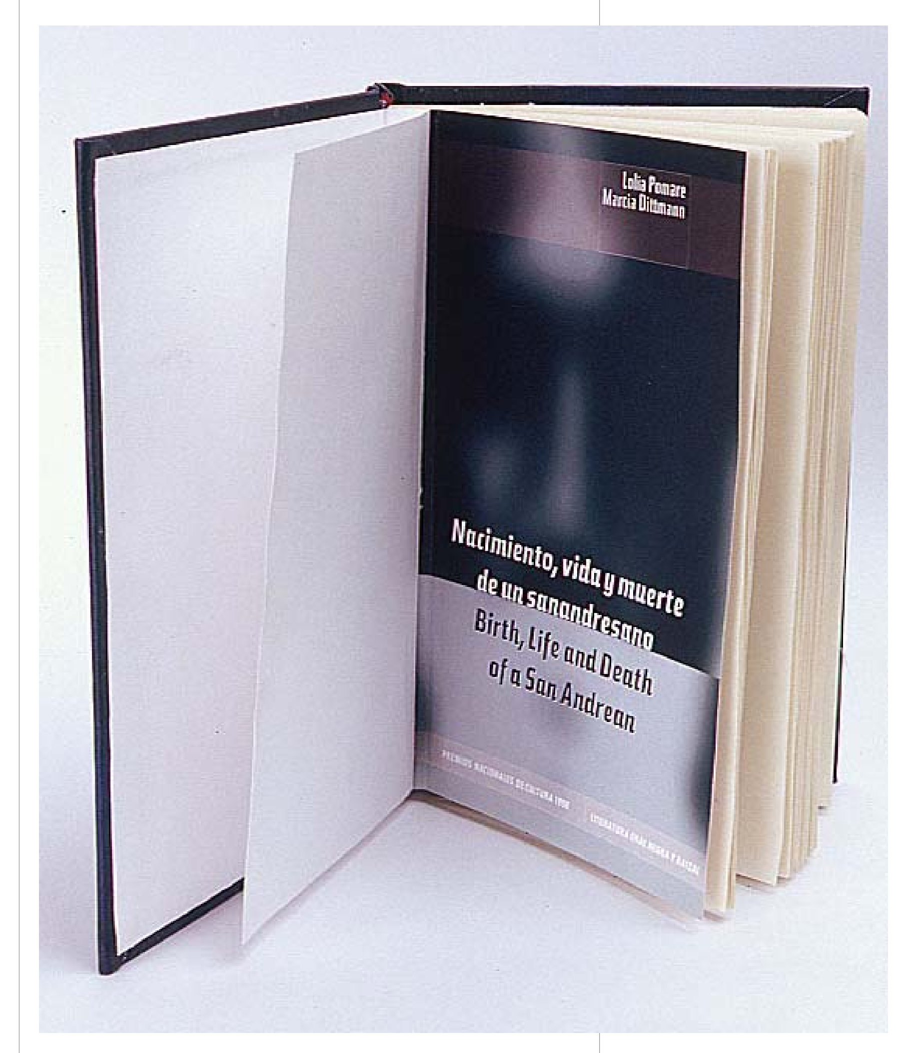


Lolia Pomare-Myles

Nacida en San Andrés, Lolia ha desarrollado un trabajo importante de divulgación de la cultura angloafrocaribeña. La actividad cultural que realiza tiene como propósito impedir que desaparezca la tradición de la narrativa oral **raizal**. Investiga las expresiones de narrativa, cuenta las historias, difunde entre los nativos sus hallazgos y educa a las nuevas generaciones enseñando la riqueza y la vigencia del pasado en el presente de estas expresiones literarias. Coordina programas culturales y participa en *concerts*, eventos que antiguamente tenían una estructura y unos propósitos comunitarios.

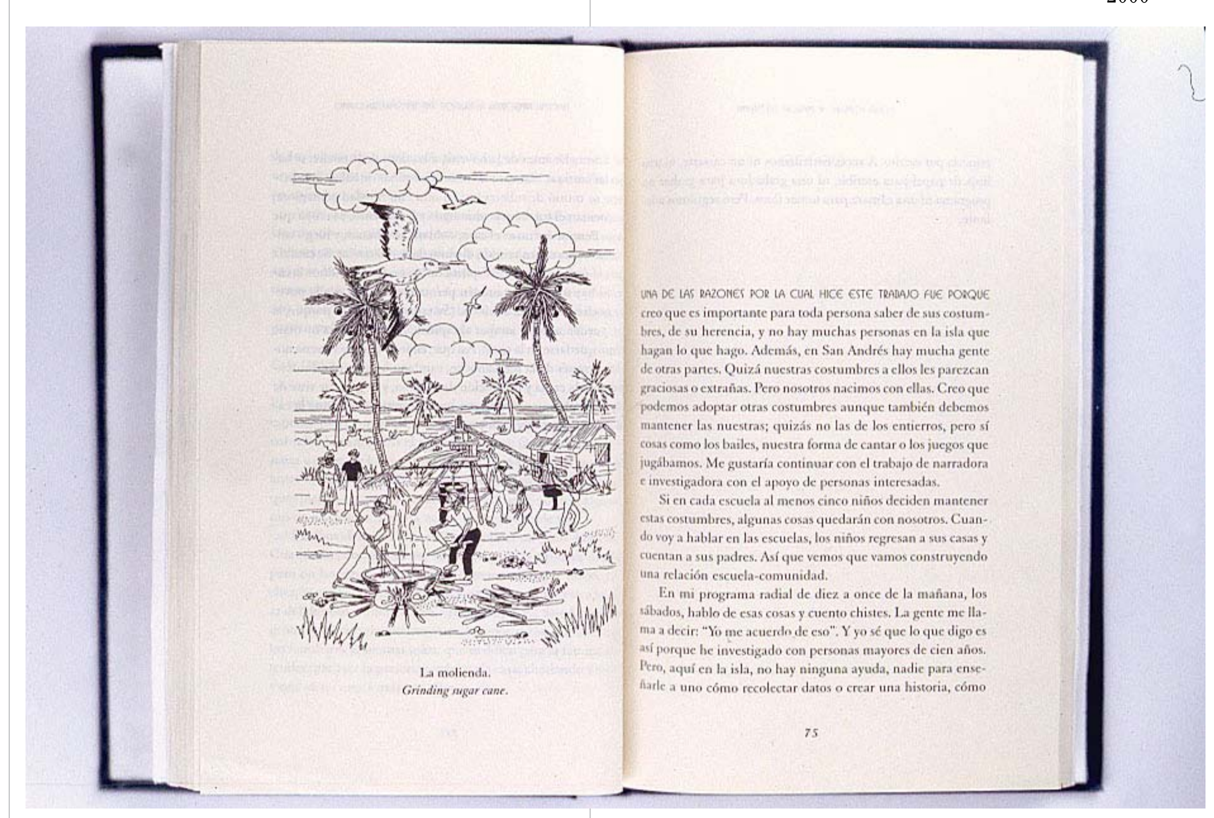
Al igual que su abuelo, continúa la tradición de narradora de historias en un programa radial en el cual presenta a exponentes de la cultura isleña, charla con sus invitados, cuenta relatos y adivinanzas populares, da recetas para platos típicos y presenta música isleña y caribeña, en un esfuerzo por mantener viva la cultura raizal de las islas.

> *La próxima cosa que quise saber era qué iba a hacer mi madre con el cordón umbilical del niño porque, todos los días, cuando bañaba al niño, limpiaba el cordón con un pedazo de algodón. Luego, cuando se cayó el cordón, yo escuché que le dijo a mi papá: "Tienes que traer un cocotero joven y fuerte para poder sembrar el cordón umbilical".*
>
> *Y pregunté: "¿Sembrar el cordón umbilical?". Ella contestó: "Sí, siempre que nace uno de ustedes, sembramos el cordón umbilical debajo de un cocotero. Envuelvo el cordón en un pedazo de tela de algodón y le digo a tu papá que traiga el cocotero. Él va por el cocotero, cava un hueco y lo siembra junto con el cordón umbilical". [...] Como yo necesitaba saber rápido, fui adonde mi abuelo. Él me dijo: "Cuando se siembra el cordón bajo un árbol, así como crece el árbol, alto y recto, así será el hombre o la mujer sanandresano. No crecerá enfermizo, sino alto y fuerte, y en la vida será temeroso de Dios, fructífero y bondadoso, de espíritu amante con los vecinos y con todo el mundo". Por eso todo isleño, tanto de San Andrés como de Providencia, siembra el cordón umbilical bajo un cocotero, un árbol de limón, un árbol de pera u otro árbol frutal.*
>
> "El cordón umbilical y el árbol de la vida"
> (Fragmento de *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano*)



Lolia Pomare Myles y Marcia Dittmann
Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000

"La molienda"
capítulo del libro *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano*, Lolia Pomare Myles y Marcia Dittmann, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000



La molienda.
Grinding sugar cane.

UNA DE LAS RAZONES POR LA CUAL HICE ESTE TRABAJO FUE PORQUE creo que es importante para toda persona saber de sus costumbres, de su herencia, y no hay muchas personas en la isla que hagan lo que hago. Además, en San Andrés hay mucha gente de otras partes. Quizá nuestras costumbres a ellos les parezcan graciosas o extrañas. Pero nosotros nacimos con ellas. Creo que podemos adoptar otras costumbres aunque también debemos mantener las nuestras; quizás no las de los entierros, pero sí cosas como los bailes, nuestra forma de cantar o los juegos que jugábamos. Me gustaría continuar con el trabajo de narradora e investigadora con el apoyo de personas interesadas.

Si en cada escuela al menos cinco niños deciden mantener estas costumbres, algunas cosas quedarán con nosotros. Cuando voy a hablar en las escuelas, los niños regresan a sus casas y cuentan a sus padres. Así que vemos que vamos construyendo una relación escuela-comunidad.

En mi programa radial de diez a once de la mañana, los sábados, hablo de esas cosas y cuento chistes. La gente me llama a decir: "Yo me acuerdo de eso". Y yo sé que lo que digo es así porque he investigado con personas mayores de cien años. Pero, aquí en la isla, no hay ninguna ayuda, nadie para enseñarle a uno cómo recolectar datos o crear una historia, cómo

75

LA LITERATURA ORAL

La literatura oral afrocolombiana es una expresión artística viva y una de las joyas más preciadas de nuestro patrimonio intangible. Ha sido siempre un canal privilegiado de transmisión de la memoria entre generaciones; se trate de abuelos a nietos o de padres a hijos, su papel ha sido fundamental para conservar y propagar sus valores éticos y estéticos.

En las tradiciones orales de todos los pueblos afrocolombianos emergen héroes y heroínas que comparten territorios mágicos y legendarios. Estos seres se manifiestan tanto en los momentos en los cuales se llora a los muertos, como en los que se celebra la vida. Algunos son personajes de carne y hueso, otros son seres míticos. Sin embargo, cada uno tiene su propia voz, sus tonalidades, su intensidad. Los más irreales pueden convertirse en personajes verdaderos, casi humanos. Los héroes y las heroínas de la tradicional oral afrocolombiana representan los elementos simbólicos más queridos por estos pueblos: seres con virtudes sobrenaturales, capaces de transformarse en animales, pícaros y andariegos. Múltiples historias en las cuales siempre triunfa la justicia y el buen corazón. Esta forma íntima de comunicar que se despliega en los velorios, alrededor de la lumbre del fogón, bajo el árbol más grande de la plaza del poblado tiene el propósito de educar y divertir. Adivinanzas, máximas, cuentos, coplas, décimas y relatos contienen la semilla de una sabiduría ancestral. La voz, su tono, las pausas, la intensidad, la imitación de sonidos de personas y animales, el sentido de las palabras, el ambiente y otro sinnúmero de circunstancias son elementos de la comunicación que concentran la atención y exaltan los sentidos de quienes escuchan. Su fuerza y su capacidad de permanencia no requieren del registro escrito. Para recordar sólo es necesario activar la fuerza y el poder de la palabra creadora. Un olor, un ritmo, una entonación, una pausa, un ruido particular, una palabra, un nombre pueden traer a la memoria relatos escuchados hace mucho tiempo.

Una gran riqueza narrativa, ética y simbólica ha acompañado la experiencia vital de las comunidades afrocolombianas asentadas en distintas zonas del territorio nacional. La variedad de formas de su literatura oral es proporcional a los diversos ambientes físicos, sociales y culturales en los cuales se han desenvuelto.

Los paisajes naturales y humanos han enriquecido de manera especial estas narraciones. Los contactos de trabajo, compadrazgo o vecindad con los pueblos indígenas han moldeado nuevos formas de ser social que también se reflejan en esta literatura.



Lenguas criollas. Malambo 1657 oral y toponimia

manuscrito, Bogotá, Archivo General de la Nación, mapoteca 4, ref. 24A

Literatura oral del litoral Pacífico

Cuentos

Construida en cedro y chachajo, mi pequeña lancha rompía rítmica y velozmente las olas que se levantaban en el mar, muy cerca de tierra firme. Debo confesar que venía satisfecho después de haber pasado la noche en Guapi, población costera del Cauca, a donde solía ir a menudo a visitar a una amiga.

El aire fresco del océano me caía deliciosamente en la cara; mis fosas nasales respiraban hondo, sintiendo el fresco viento marino. En las alturas una luna "llena" me acompañaba y la negra figura de la costa continental daba un aspecto espectral y enigmático.

Hacía pocos minutos había dejado la bocana del río Guapi y me encaminaba por mar abierto hacia el río Tapaje, por donde debía adentrarme para llegar a El Charco. Deseaba llegar pronto a fin de alcanzar a participar en las fiestas de San Juan, patrón del pueblo y que la gente celebra alborozadamente por tradición.

La travesía entre ambas localidades costeras era de 45 minutos, por dos ocasiones realizaba semanalmente el mismo viaje y nunca había tenido el menor contratiempo.

Siempre navegaba por "fuera" para evitar hacer tantos cruces por las quebradas y esteros de la costa. [...] Recordé la leyenda del "Maravelí" o "buque fantasma", que según los abuelos, a bordo viajan personas que ya fallecieron y que en vida hicieron pacto con el diablo para ser ricos e influyentes en sus comunidades.

Sin embargo, miraba atrás a cada rato y pude darme cuenta que estaba a cien metros, luego a 90 metros, a 80, a 70 metros, 40 metros y en esos instantes fue cuando mágicamente desapareció la inmensa casa flotante con todas sus luces.

Vine a sentir felicidad cuando mi lancha tocó el primer escalón del paso principal de El Charco, salté dando tumbos sobre la pequeña embarcación y como alma perseguida por los mil demonios llegué a mi casa.

El Maravelí
(Fragmento)

Narraciones

Ésta era una niña cuyo padre la requería para matrimonio. Como ella había oído decir que a los padres se les obedecía en todo, menos en lo que fuera pecado, se dirigió a donde la madrina y le contó todo lo que le estaba pasando. La vieja, que era una maga hechicera, le dijo que no volviera a su casa. Para indicarle lo que tenía que hacer en lo sucesivo, le dio una vara misteriosa y tres vestidos: uno color de sol; otro color de luna, y el más importante, una bonita chambra del color de las estrellas.

La adquirida, al facilitarle estas cosas, le hizo saber que para encontrar el camino que debía seguir, tenía que arrojar al suelo la vara, que era muy seca y delgada. Ésta saldría caminando, y Piel de Asno detrás hasta donde la varilla se detuviera. Por las noches, ocurrido el trabajo diario que hallaría, se mudaría con uno de los vestidos hasta que llegara el día de su casamiento. Le echó la bendición y la muchacha salió a la carretera.

Como se le había ordenado, Piel de Asno azotó la vara, que comenzó a moverse sola. Se salió de la vía y empezó a trepar una loma altísima. Camina que camina, anda que anda, la niña siguió tras de la rama cinco años completos. Al fin llegó a un pueblo. La guía se detuvo en una casa que resultó ser el palacio del rey de la ciudad. Para despistar a la gente, Piel de Asno, que iba con túnica de piel de burro, dada también por su madrina, pidió posada. [...]

El rey tenía un hijo, que era cazador. Todas las tardes, al volver de sus tareas, se hallaba con la muchacha, sin importarle su presencia. Pero una noche, al ir a la paleadera a coger un poco de agua, logró ver a la joven con el vestido color de sol. El príncipe, olvidando sus fatigas, cayó a sus pies y se enamoró de Piel de Asno con alma vida y sombrero. [...]

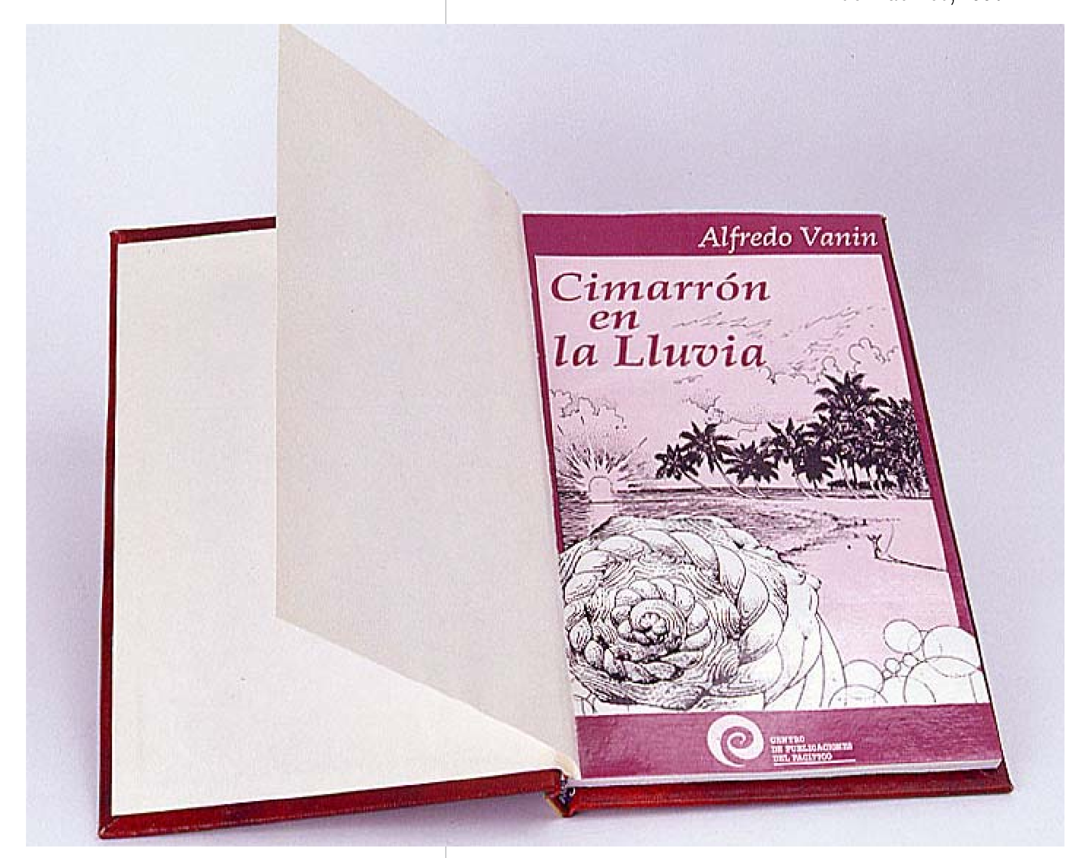
Esta prueba de amor, y las preguntas de los reyes, hicieron confesar al muchacho el amor que profesaba a la infeliz. Al oír esto, los padres del príncipe se enfurecieron con la niña. La castigaron y le hicieron saber que era una recogida. El joven logró convencer a los viejos, haciéndoles saber que si no se casaba con ella se moriría. Ante esta decisión, se arregló el matrimonio, que se celebró con toda la pompa necesaria. Para ese día vistió Piel de Asno el vestido color de las estrellas, que maravilló a la comitiva.

Así se efectuó el mejor casamiento que se haya hecho en mil siglos. Los casados fueron felices toda la vida, con una descendencia numerosa que pobló toda la tierra.

Piel de asno
(Fragmento)

Alfredo Vanín Romero

Cimarrón en la lluvia, ilustrado por Hans Anderegg, Buenaventura, Centro de Publicaciones del Pacífico, 1990



Mitos

El curtido pescador, acompañado de un yerno suyo, pescaba en los esteros de Bocagrande. Las estrellas se reflejaban en las aguas y el viento se congraciaba con las copas de manglares, en una noche de luna.

Mario Huila se llamaba y, en su vida, el atarraya había sido su eterna compañera. Con cachimba en boca fumaba entretenido esperando lanzar su red, mientras su canoa se movía al vaivén de las pequeñas olas fluviales, restos de las que azotaban los manglares, pues estaban dentro de la bocana de uno de los brazos del río Mira.

Una luz intermitente que se agrandaba y empequeñecía, a unos 100 metros, llamó su atención. La mancha luminosa se acercó a ellos tan velozmente que no se dieron cuenta cómo, lo que los dejó perplejos.

Los pescadores, sobreponiéndose al miedo, les preguntaron quiénes eran sin obtener respuesta alguna. Les pareció que eran como cinco, diez, quién sabe cuántos y sus ojos recorrieron la fila de los fantasmagóricos personajes, que sólo los miraban. Siguieron preguntándoles quiénes eran, hasta que sintieron que su lengua se les ponía pesada y tiesa como pescado muerto. [...]

"Vete al diablo Pata de Luz, desgraciado pariente del Riviel", gritó el viejo Mario, cuya voz se perdió en lo profundo del manglar, obteniendo un eco quejumbroso y duradero. Vino luego un silencio, las estrellas volvieron a su sitio y las aguas del estero retornaron a su original tamaño, golpeando suavemente la embarcación. Había sido la Pata de Luz la que había hecho su aparición y que hoy la mayoría de los pescadores tumaqueños recuerdan con temor.

Dice la leyenda que la Pata de Luz es un esqueleto que lleva una luz de color roja, que a veces se torna verde y navega sobre dos palos. En algunas ocasiones se presenta como si fueran varias personas. En tierra anda como cualquier cristiano y en el agua navega rápidamente. Muchas veces se le ve caminando por la playa como dando zancos, para recordar que aún está con ellos. Su aparición la hace en Semana Santa, época en que los pescadores nariñenses ven pasar cerca o lejos la Pata de Luz.

Pata de Luz
(Fragmento)

Coplas

A) TUMAQUEÑAS

Moreno pintan a Cristo,
morena a la Magdalena,
y morenita a la Virgen
de Bebará y Primavera.

Si vieres comer a un blanco
de algún negro en compañía,
o el blanco le debe al negro
o es del negro la comida.

Morena tiene que ser
la tierra para ser buena
y la mujer para el hombre.

B) CHOCOANAS

Si la luna juera potro,
y la estrella canalete,
yo m´embarcaría de noche
hasta que llegara a verte.

Eché mi potro a rodar,
y en tu puerto se paró;
hasta mi champa conoce
lo bien que te quiero yo.

Subiendo San Juan arriba
con mi potrico de caña,
por la experiencia que tengo,
muchachita, no m´engaña.

C) PATIANAS

Terrón de azúcar
(coplas para enamorar)

Si mi negrita fuera
terrón de azúcar (bis),
yo me la pasaría
chupa que chupa (bis).

Si mi negrita fuera
guayaba verde (bis),
yo me la pasaría
muerde que muerde (bis).

Si mi negrita fuera
dulce caliente (bis),
yo me la pasaría
dándole diente (bis).

Si mi negrita fuera
pedazo'e queso (bis),
yo me la pasaría
dándole beso (bis).

D) BONAVERENSES

Veníte pa´cá,
veníte pa´cá,
como la culebra
cuando va a picá.

Que suene, que suene,
que suene el tambó
pa' pode cantá.

Literatura oral del Archipiélago de San Andrés y Providencia

Narraciones

De acuerdo con lo que me contaron mis abuelos, y con lo que experimenté de niña, el parto no se realizaba como hoy en día. Ahora existe el hospital y no dejan que uno dé a luz en la casa. Los médicos dicen que no es higiénico y que hay riesgos de infecciones en la casa. Pero yo me acuerdo de que, en el pasado, la partera venía a la casa para cuidar a la mamá antes del parto, y después del parto también. Ella era como parte de la familia. [...]

Ella me dijo en tono fuerte: "¡No! Esto es para gente grande, no para los piknini [niños]". Después agregó: "Bueno, te puedo decir que tu mamá va a tener un niño, te va a regalar un hermanito".

Esto me alegró y fui a jugar con mis hermanos. No sé cuánto tiempo estuvieron encerrados en la pieza, pero de pronto escuché el llanto de un niño y me puse feliz: tenía otro hermano con quien jugar. Luego salió la partera y me llamó: "Ahora puedes entrar a ver a tu muma. Tienen un nuevo hermano y hay que pensar en un nuevo nombre para él".

Mi madre tuvo once hijos, todos con nombres que comienzan con ele, porque el nombre de mi padre comienza con ele. Mi mamá dijo que todos teníamos que tener nombres con ele, como mi papá. Así que dijimos: "Bueno, ya tenemos a Leydra, Luis, Leard, Leonard, Lisandro, Lolia (soy yo). Luego Libia and Lillia. Y ahora nació... ¡Logan!". Para escoger los nombres y completar los once siempre repasábamos las vocales: "La, le, li, lo, lu...". A los isleños nos gusta jugar con el sonido de los nombres, con la rima o la musicalidad.

"El parto"
(Fragmento de *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano)*

Hermano tigre, hermano
Anancy y el pescado frito

Érase una vez cuando el tiempo era tiempo, el Hermano Anancy fue a la orilla del mar para ver si su nasa había atrapado algún pez grande o por lo menos algunos pequeños para poder llevar a su casa. Cuando los terminó de limpiar y colgarlos de una cuerda para poderlos llevar mejor, y apenas había emprendido el viaje hacia su casa, vio una luz que se le acercaba y pensó: "Allí vienen mis hijos a visitarme", y se alegró mucho, pero ¡oh, sorpresa! ¿Quién creen que era? Ni más ni menos que el Hermano Tigre.

Anancy estaba tan asustado que no sabía qué hacer, lo único que pensó fue: "Debo ser muy amable con Tigre, y así salvarme el pellejo". Entonces puso una sonrisa y dijo: "Hola Hermano, qué bueno verte. Te traje con el pensamiento. Me decía a mí mismo: Tengo mis días de no ver a Tigre, sería muy bueno ir a hacerle una visita y llevarle unos pececitos. Pero ya que estás aquí, creo que lo mejor sería de una vez". Cuando Tigre oyó eso, pensó: "No, mejor que yo deje que me lleve a su casa, así puedo comerme a su familia". Entonces dijo: "Hace tiempo que no veo tu linda familia, más bien voy contigo y los como allá, si no te importa". Anancy no era tonto y sabía que Tigre traía algo en mente, pero como no tenía salida contestó rápidamente: "No faltaba más, acompáñame por favor". Cuando llegaron a la casa de Anancy, su esposa se sorprendió: ¿Pero por qué Anancy trajo a Tigre aquí? Pero pensó: "Él tendrá algún plan en mente". Así que se puso a fritar los pescados, preparar jugo, y tenía pan caliente, y se sentaron todos a comer.

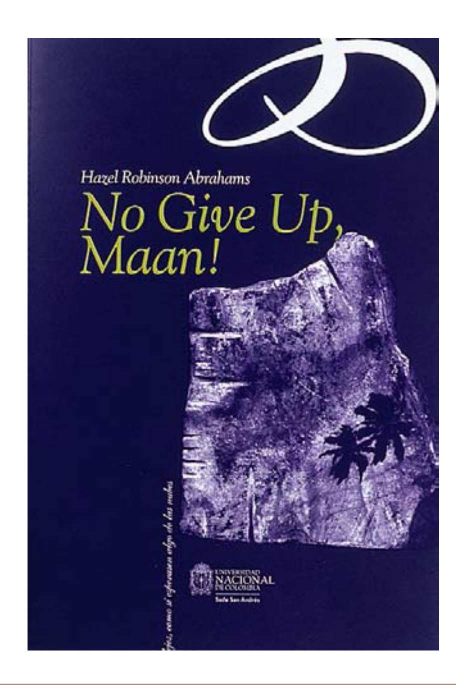
Durante la comida Tigre sólo pensaba cómo iba a sorprender a la familia de Anancy y comerlos. Pero lo que no sabía Tigre es que ya Anancy tenía en mente un plan. Había ido a donde sus hijos y les había dicho: "Métanse en el palo de calabaza". Así se fueron levantando de la mesa uno por uno y finalmente la esposa.

Fue cuando Anancy dijo: "Tigre, excúsame por un momento, debo ir al baño", y también se trepó en el árbol de calabaza. Tigre esperó por un momento, pero cuando se dio cuenta del truco se puso loco de la rabia. Miró al árbol y dijo: "No me moveré de aquí hasta no vengarme de ti". Cuando Anancy vio que era en serio, se dio cuenta que sus hijos y su esposa estaban cansados y a punto de caer, entonces dijo: "Tigre, ya sé que tenemos que caer en tus manos, pero, ¿por qué vas a perder tanta carne y tanta grasa cuando caigamos al piso? ¿Ves ese tinaco que está allá? Cógelo y ponlo debajo del árbol. Así cuando caigamos no pierdes nada". Y Tigre se emocionó y fue por el tinaco y lo colocó debajo del árbol. Entonces le dice Anancy: "Llénalo de ceniza". Y Tigre fue por la ceniza y lo llenó. Luego le dice Anancy: "Coloca tu cuello para hacer el ensayo". Y así lo hizo Tigre. Fue cuando Anancy agarró una calabaza y se la tiró con toda su fuerza y salió Tigre lastimado y corriendo.

LOS AFROCOLOMBIANOS EN LOS ESCRITOS CIENTÍFICOS DEL SIGLO XIX

A principios del siglo XIX tuvo lugar uno de los mayores acontecimientos científicos del país: la **Expedición Botánica**. Francisco José de Caldas, considerado el primer científico nacional, fue la figura más destacada de este suceso. Como muchos otros de sus colegas, estaba convencido del determinismo del clima en el comportamiento de los seres humanos. Para ellos, el clima frío era ideal para el desarrollo de la civilización y el clima cálido era percibido como el origen de comportamientos contra la moral, lo cual convertía a los pueblos que los habitaban en un obstáculo para el desarrollo de las naciones. Caldas propagó estas ideas en los escritos que publicó en 1808 bajo el título de *El influjo del clima en los seres organizados*. Desafortunadamente, esta óptica no hizo más que fortalecer una imagen de amoralidad de los descendientes de los africanos durante el periodo de la Independencia. Estos eran algunos de los interrogantes que se planteaba el famoso sabio:

¿Por qué el africano del Ecuador es perezoso y el hombre del norte infatigable en la carrera y la caza? ¿Por qué éste fecundó sin ser ardiente, no conoce los celos, cuando aquél, voluptuoso, lascivo, apenas queda saciado con la sangre de su rival? [...] Qué diferentes son los moradores de las selvas del Orinoco y del Chocó, comparados con los que habitan las faldas y las cimas de la cordillera occidental.

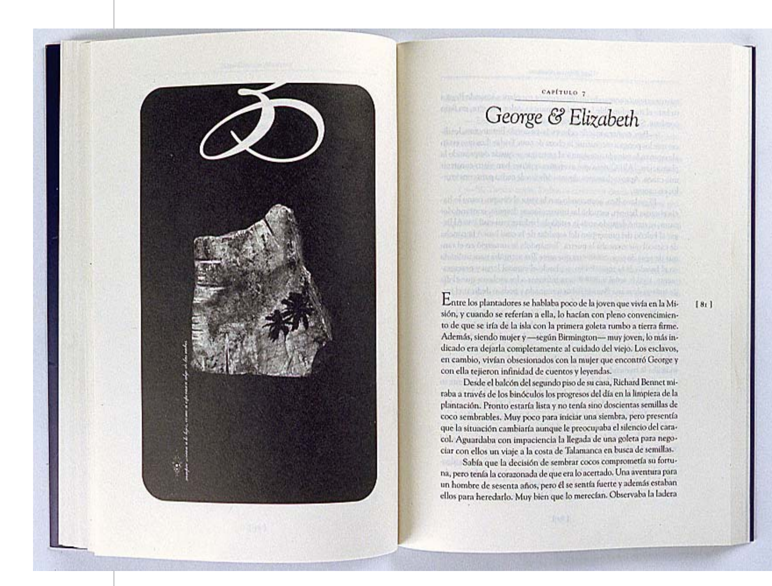


El determinismo de las zonas climáticas, propio del pensamiento científico de principios del siglo XIX, contribuyó a consolidar imágenes negativas acerca de los descendientes de los africanos en Colombia. Clichés como los anteriores han contribuido a fortalecer argumentos de discriminación hacia estos pueblos.

En la segunda mitad del siglo XIX se desarrolló la **Comisión Corográfica**, otro evento importante para la ciencia en el país. Santiago Pérez, uno de los miembros de la Comisión, realizó un viaje por las regiones del Chocó, Buenaventura, Túquerres y Pasto. En sus *Apuntes de viaje,* publicados en 1853 en el **Neogranadino** y *El Tiempo de Bogotá*, el autor describió la situación de pobreza y falta de acceso a la educación de la población afrocolombiana de las zonas visitadas. Para este autor las causas de los defectos que se atribuían a la gente afrocolombiana no estaban relacionadas con el clima, sino que más bien eran unas condiciones innatas de estas poblaciones. Así lo anotó Santiago Pérez:

> *No es la falta de sociedad, no es la escasez de recursos de toda clase, no es lo riguroso e ingrato del clima [...] ni aquella atmósfera pesada, cálida, recargada de miasmas y de insectos; nada de eso es lo que más y principalmente acongoja el ánimo del que llega al Chocó, no en busca de oro, sino a estudiar, además de la naturaleza allí tan espléndida y tan rica, el estado del hombre en aquellas tierras. Lo que más contrista desde que se ve al primer habitante, es la salvaje estupidez de la raza negra, su insolencia bozal, su espantosa desidia, su escandaloso cinismo.*

Hazel Robinson Abrahams
portada y páginas interiores del libro de *No Give Up, Maan!*, Universidad Nacional de Colombia, sede San Andrés, 2002



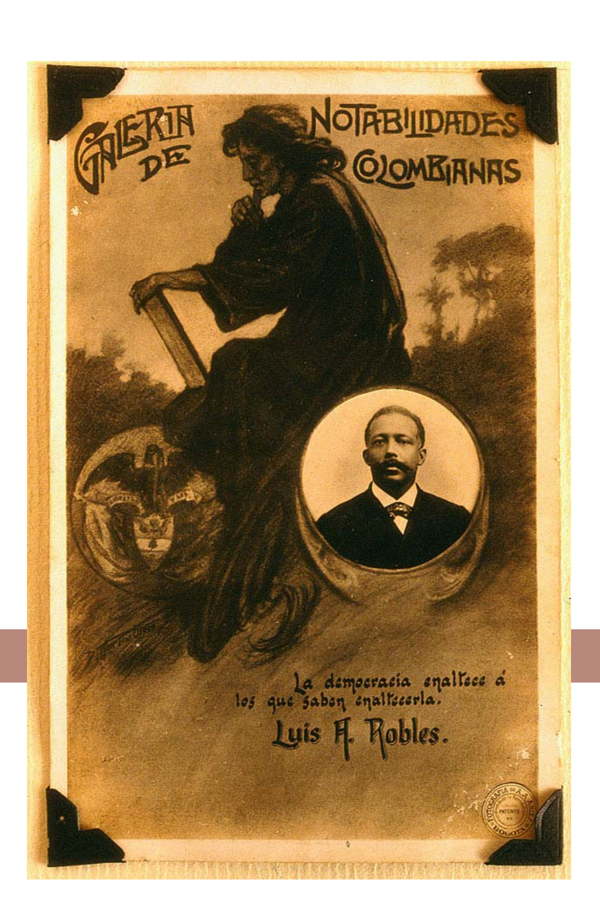
Cabañas del Chocó

Edward Walhouse Mark, ca. 1843-1856, acuarela tomada de *Acuarelas de Mark*, Bogotá, Banco de la República, 1963



Luis A. Robles

siglo XIX, copia en albúmina, colección Museo del Siglo XIX, Fondo Cultural Cafetero, Bogotá



Según De Friedemann, estas imágenes, más pasionales que racionales y menos científicas que reales (¿subjetivas?), fueron las que persistieron a lo largo del todo el siglo XIX, cuando se consolidaba la República y se discutían las diferentes ideas de nación. Los relatos llamados científicos propendían por el fortalecimiento de un "americanismo", del cual estaban excluidos los descendientes de los africanos. Según esta misma autora, se trataba de utilizar la **invisibilidad** y la **estereotipia** como estrategias de dominación, del mismo modo que durante la Colonia la Iglesia los había demonizado, tratándolos de brujos y hechiceros. La invisibilidad se apoya en la negación y ocultamiento de su pasado africano y del reconocimiento de sus aportes a la vida de la naciente república. La estereotipia ha pretendido degradarlos e inferiorizar sus culturas. En el siglo XX muchos movimientos literarios liderados por la gente afrocolombiana han cuestionado esos planteamientos y han subrayado la grandeza de sus culturas y de sus aportes a la colombianidad.

FUENTES

Alaix, Hortensia. *Literatura popular: tradición oral en la localidad de El Patía (Cauca)*. Bogotá, Colcultura, 1995.

Arocha, Jaime; S. de Friedemann, Nina. *De sol a sol. Génesis, transformación y presencia de los negros en Colombia*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1986.

Caldas, Francisco José de. "Del influjo del clima en los seres organizados", en: *Semanario del Nuevo Reino de Granada*, Bogotá, Biblioteca Popular Colombiana, 1942.

González, Flover Guillermo. *Embrujos del Pacífico*. Cali, Imprenta Departamental del Valle, 1992.

Hernández, Carlos Nicolás. *Candelario Obeso y Jorge Artel. Selección.* Bogotá, Editorial Panamericana, 1997.

Maya Restrepo, Luz Adriana. *Memorias en conflicto y paz en Colombia: la discriminación hacia lo(s) negro(s).* Caracas, CLACSO, 2001.

Molina, Luis Carlos. *Gran Enciclopedia de Colombia*, vol. 7. Bogotá, Círculo de Lectores, 1991.

Pérez, Santiago. "Apuntes de viaje", en: *Selección de escritos y discursos,* Eduardo Rodríguez Piñeres (dir.), Bogotá, vol. I, 1886, págs. 303-375.

Pérez Arbeláez, Enrique. "El currulao", en: *Revista Colombiana de Folclor*, nº 3, Bogotá, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1959.

Pomare Myles, Lolia. "Miss Nancy y otros relatos", en: *Geografía humana de Colombia. Los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

Pomare Myles, Lolia; Dittmann, Marcia. *Nacimiento, vida y muerte de un sanandresano*. Bogotá, Ministerio de Cultura, 2000

S. de Friedemann, Nina; Vanín, Alfredo. *Entre cielo y tierra. Magia y leyendas del Chocó*. Bogotá, Editorial Planeta, 1995.

Vanín Romero, Alfredo. "Mitopoética de la orilla florida", en: *Geografía humana de Colombia. Los afrocolombianos*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1998.

Velázquez Murillo, Rogerio. "Coplas raizales del Cauca", en: *Revista Colombiana de Folclor*, nº 5, Bogotá, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1960.

_____. "Cuentos del alto Chocó", en: *Revista Colombiana de Folclor*, nº 4, Bogotá, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1959.

_____. "La canoa chocoana en el folclor", en: *Revista Colombiana de Folclor*, nº 3, Bogotá, Patronato Colombiano de Artes y Ciencias, 1959.